



Guy de Maupassant

LA NOCHE

Ilustraciones de  
Toño Benavides

Edición bilingüe

*La noche* es una narración reflejo de esa obsesión por la muerte que Maupassant llevaba encima. La historia de un hombre que amaba la noche por encima de todo, la amaba como se ama a una amante furtiva. Sólo al refugio de la oscuridad se encontraba a sí mismo y despertaba del letargo diurno. En su desvarío, sin darse cuenta, va siendo víctima de sus lúgubres deseos hasta darse cuenta de cuán lejos había avanzado en un callejón sin salida, en un camino sin retorno. Un auténtico misántropo que demasiado tarde busca el calor humano, inmerso en una espiral de soledad, en un paisaje ya post humano, sin luz, sin una concepción clara del tiempo, sin nadie, sin nada.

## LA NOCHE (Pesadilla)

Amo la noche con pasión. La amo como uno ama a su país o a su amante, con un amor instintivo, profundo, invencible. La amo con todos mis sentidos, con mis ojos que la ven, con mi olfato que la respira, con mis oídos, que escuchan su silencio, con toda mi carne que las tinieblas acarician. Las alondras cantan al sol, en el aire azul, en el aire cálido, en el aire ligero de las claras mañanas. El búho huye en la noche, negra sombra que atraviesa la oscuridad, y, alegre, embriagado por la negra inmensidad, lanza su grito vibrante y siniestro.



El día me aburre y me fatiga. Es brutal y ruidoso. Me levanto con dificultad, me visto con desidia, salgo con desazón, y cada paso, cada movimiento, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento me pesa como si levantara una abrumadora carga.

Pero cuando baja el sol, una alegría confusa invade todo mi cuerpo. Me despierto, me animo. A medida que crece la sombra, me siento otro, más joven, más fuerte, más alerta, más dichoso. La veo espesarse, dulce sombra caída del cielo: anega la ciudad, como una onda inasible e impenetrable, oculta, borra y destruye los colores, las formas, envuelve las casas, los seres, los monumentos, con su abrazo imperceptible.



Entonces me entran ganas de gritar de placer como las lechuzas, de correr sobre los tejados como los gatos; y un impetuoso e invencible deseo de amar se enciende en mis venas.

Salgo, ando por los sombríos arrabales y por los bosques cercanos a París, donde oigo rondar a mis hermanas las bestias y a mis hermanos los cazadores furtivos.

Lo que se ama con violencia siempre acaba por matarte. Pero ¿cómo explicar lo que me pasa? ¿Cómo hacer com-

prender siquiera el hecho de que pueda contarlo? No sé, ya no lo sé, sólo sé que así es. Ahí va.

El caso es que ayer... ¿Fue ayer? Sí, no hay duda, a menos que fuese antes, otro día, otro mes, otro año, no lo sé. Sin embargo, tuvo que ser ayer, pues aún no se ha hecho de día y el sol no ha vuelto a salir. Pero ¿desde cuándo dura la noche? ¿Desde cuándo?... ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo sabrá jamás?



Ayer, pues, salí como todas las noches después de cenar. Hacía muy buen tiempo, muy dulce y cálido. Mientras bajaba hacia los bulevares, veía sobre mi cabeza el río negro y estrellado recortado en el cielo por los tejados de la

calle, que giraba y hacía ondularse como un río verdadero esa corriente de astros.

Todo era claro en el aire ligero, desde los planetas a las farolas de gas. Tantas luces brillaban en lo alto y en la ciudad que sus tinieblas parecían luminosas. Las noches resplandecientes son más alegres que los grandes días de sol.



En el bulevar, los cafés refulgían. La gente reía, pasaba, bebía. Entré un momento al teatro, ¿a cuál? Ya no lo sé. Había tanta claridad que me entristecí, y salí con el corazón un poco ensombrecido por ese choque de luz brutal sobre los dorados del balcón, por el centelleo ficticio de la enor-

me araña de cristal, por la barrera de fuego de las candilejas, por la melancolía de esa claridad falsa y cruda. Llegué a los Campos Elíseos, donde los cafés-concierto semejaban hogueras en el follaje. Los castaños bañados por la luz amarilla parecían pintados, como árboles fosforescentes. Y las bombillas eléctricas, semejantes a lunas pálidas y resplandecientes, a huevos lunares caídos del cielo, a perlas vivas, monstruosas, hacían palidecer bajo su claridad nacarada, misteriosa y regia, los hilos de gas, de un gas sucio y vulgar, y las guirnaldas de cristales de colores.



Me detuve bajo el Arco del Triunfo para contemplar la avenida, la larga y admirable avenida estrellada que iba hacia París entre dos líneas de fuego, y los astros. Los astros del cielo, los astros desconocidos, arrojados al azar en la inmensidad, donde dibujan esas extrañas figuras que tanto hacen pensar, que tanto hacen soñar.



Entré en el Bois de Boulogne y allí permanecí durante mucho tiempo. Un escalofrío singular se había apoderado de mí, una emoción imprevista y poderosa, una exaltación mental que rayaba en la locura. Anduve durante mucho,

mucho tiempo. Después regresé. ¿Qué hora sería cuando volví a pasar por el Arco del Triunfo? No lo sé. La ciudad dormía, y unos negros nubarrones se extendían lentamente por el cielo.



Por primera vez sentí que iba a ocurrir algo extraordinario, nuevo. Me pareció que hacía frío, que el aire se espesaba, que la noche, que mi noche amada, me pesaba en el corazón. Ahora la avenida estaba desierta. Sólo dos agentes paseaban junto a la estación de carruajes y, sobre la calzada apenas iluminada por las farolas de gas que parecían agonizar, una fila de carros llevaban verduras a Les Halles. Avanzaban lentamente, cargados de zanahorias, nabos y

coles. Los conductores dormían, invisibles; los caballos marchaban a un paso uniforme, siguiendo al carro que iba delante, sin hacer ruido, sobre el pavimento de madera. Delante de cada luz de la acera, las zanahorias se iluminaban de rojo, los nabos de blanco, las coles de verde; los coches pasaban uno tras otro, rojos como el fuego, blancos como la plata, verdes como la esmeralda. Los seguí, después tomé la rue Royale y aparecí de nuevo en los bulevares. No quedaba nadie, ni un café iluminado, sólo algunos rezagados que se apresuraban. Nunca había visto París tan muerto, tan desierto. Saqué mi reloj, eran las dos.



Una fuerza, una necesidad de andar me empujaba. Así que fui hasta la Bastilla. Allí me di cuenta de que nunca había visto una noche tan cerrada, pues ni siquiera distinguía la columna de Julio, cuyo genio de oro se había perdido en

la impenetrable oscuridad. Una bóveda de nubes, espesa como la inmensidad, había ahogado las estrellas y parecía bajar sobre la tierra para aniquilarla.

Volví. No quedaba nadie a mi alrededor. Sin embargo, en la plaza de Château-d'Eau, un borracho a punto estuvo de chocar conmigo, y luego desapareció. Durante un tiempo seguí oyendo su paso sonoro y desigual. Me fui. A la altura del barrio de Montmartre pasó un coche de punto que bajaba hacia el Sena. Lo llamé. El cochero no respondió. Una mujer merodeaba cerca de la rue Drouot: «Oiga, señor». Apresuré el paso para evitar su mano tendida hacia mí. Después, nada. Delante de Le Vaudeville, un trapero escarbaba en la cuneta. Su pequeña linterna flotaba a ras de suelo. Le pregunté: «¿Qué hora es, buen hombre?».



Él masculló: «¡Yo qué sé! No llevo reloj».

Entonces me di cuenta de repente de que las farolas de gas se habían apagado. Sé que en esta época las apagan

muy pronto, antes del amanecer, por economizar; ¡pero aún faltaba tanto para el amanecer!

«Iré a Les Halles», pensé, «allí al menos encontraré algo de vida».

Me puse en camino, pero ni siquiera veía lo suficiente como para guiarme. Avanzaba lentamente, como se hace en un bosque, reconociendo las calles al contarlas.

Delante del Crédit Lyonnais, un perro gruñó. Tomé la rue Grammont, y me perdí; anduve errante, y más tarde reconocí la Bolsa por la verja de hierro que la rodea. París entero dormía con un sueño profundo, espantoso. No obstante, a lo lejos rodaba un carruaje, uno solo, quizá el que poco antes había pasado delante de mí. Intenté alcanzarlo, siguiendo el ruido de sus ruedas a través de las calles solitarias y negras, negras, negras como la muerte.

Volví a perderme. ¿Dónde estaba? ¡Qué locura, apagar el gas tan pronto! Ni un transeúnte, ni un rezagado, ni un merodeador, ni el maullido de un gato enamorado. Nada. ¿Dónde estaban los agentes de policía? Me dije: «Gritaré, y vendrán». Grité. Nadie respondió.